

Carlos Bosch García

Documentos de la relación de México con los Estados Unidos (1 de diciembre de 1843-22 de diciembre de 1848) J C`i a Yb` IV. De las reclamaciones, la guerra y la paz

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1985

992 p.

(Serie Documental, 16)

ISBN 968-837-237-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de mayo de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/docsmexeu/04reclama/guerrapaz.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

I. DE LAS RECLAMACIONES, LA GUERRA Y LA PAZ

UNAM - IIH

Introducción

Estaba rezagado y pendiente de ratificación el tratado de reclamaciones firmado por Waddy Thompson, para cubrir las no consideradas en el arbitraje de 1839, que se enmendó en el senado de los Estados Unidos. Este tema tropezó en su progreso al mezclarse con el conocimiento de la inclinación de las autoridades norteamericanas en favor de la anexión de Texas a los Estados Unidos, misma que no pudo ser disimulada al saberse de la firma del tratado de anexión y de su presencia en el senado norteamericano para su aprobación.

Al final de su estancia en México, Thompson se preocupó por averiguar cuál sería la reacción mexicana cuando se llevara a cabo esa anexión. Para excusarla ante los mexicanos usó todo tipo de argumentos estratégicos, relacionados con la seguridad de la Unión, además de sociales y económicos, como la posible manumisión de los esclavos norteamericanos que los ingleses apoyaban con entusiasmo. Además, en vista de la incapacidad mexicana para reconquistar su territorio perdido, los ingleses sugirieron que se reconociera la independencia texana a cambio de que los texanos pusieran en libertad a los esclavos, tema que puso en guardia a los Estados Unidos por las repercusiones económicas que podía tener en la nación.

Los Estados Unidos trataron de deslindar de su trato con México las ocurrencias texanas y sus propias relaciones con Texas, a fin de mantener términos amistosos con los mexicanos, que no debían relacionar lo uno con lo otro.

Así se trató de separar en la diplomacia, entre México y los Estados Unidos, las dos posturas de evolución paralela, nunca relacionadas entre sí, que motivaron la penosa y violenta discusión entre el ministro Bocanegra y el plenipotenciario Green.

Las prolongadas notas, cruzadas entre los dos funciona-

rios, desde diciembre de 1843 a julio de 1844, muestran la política norteamericana como era vista por Bocanegra y exponen las dos posturas paralelas, imposibles de reconciliar, salpicadas de un lenguaje enérgico y hasta violento en ocasiones, que llegaba a ser impropio por expresar una buena cantidad de pasión personal y patriótica por ambos lados.

De una parte observamos la defensa encarnizada del derecho a la propiedad de Texas que hizo México y, de la otra, la imposición obstinada de razonamientos pragmáticos en defensa de la anexión a los Estados Unidos.

Hasta donde resulta posible captar esas dos posiciones: la de México se caracterizó por no admitir una situación de hecho para refugiarse en los argumentos legales, al no aceptar que la sublevación de los texanos tuviera otro motivo que el levantamiento de colonos norteamericanos, que debía reprimirse por estar fuera de la ley y por ser desagradecidos y apoyados en su ofensa por los Estados Unidos. El mal radicó en que no se les lograra someter por las armas. A pesar de ese fracaso, el gobierno mexicano mantuvo la vigencia jurídica de sus derechos en favor de los cuales protestó y acusó a los Estados Unidos como responsables de todo el conflicto.

La necesidad de abandonar la guerra, por largo tiempo, y la tregua aceptada a los texanos, también fracasada por la rigidez de las supuestas discusiones de avenimiento, dejó a México en la misma posición de incapacidad que tuvo al principio del conflicto.

Por otro lado, la postura norteamericana paralela, incompatible con la mexicana, se caracterizó por justificar con motivos políticos el alzamiento de los colonos, la posesión de facto de sus tierras y la declaración de su independencia no aplastada por el ejército mexicano que fue reconocida por otras naciones del mundo.

Por eso estaban en libertad para hacer tratos internacionales y comprometer su anexión a los Estados Unidos. Sin el menor escrúpulo éstos aceptaron, firmaron y aprobaron el tratado cuando les fue sometido por segunda vez.

La personalidad de Texas era independiente de la mexicana y cualquiera de sus relaciones con el exterior escapaba al albedrío del gobierno mexicano. Este punto de vista era crucial en la relación de los Estados Unidos con México porque éste no podría abrigar ningún motivo de resentimiento. En consecuencia, el gobierno norteamericano se acercaba amistosamente al mexicano. Pero éste firme en sus puntos

de vista, se sentía insultado por la política hipócrita y malévolas, que también pudiera clasificarse de irónica, puesta en práctica, por el país del norte.

Para los Estados Unidos, lo agrio del resentimiento mexicano resultaba de las molestias, los celos y también la agresividad existente contra sus ciudadanos, pues los indeseables fueron los alentadores del conflicto en Texas; y Santa Anna explotaba arteramente esos sentimientos para reanudar la guerra, esta vez inaceptable de exterminio, destinada a provocar divisiones en la política interna de los Estados Unidos.

Con esos sentimientos los Estados Unidos volvieron al problema de las reclamaciones y de la deuda mexicana impaga que violaba el compromiso solemne del tratado internacional, pues la liquidación debida el 30 de abril estaba pendiente el 23 de julio de 1844, resultando una afrenta a la nación norteamericana que debía defenderse con el lenguaje más enérgico posible.

UNAM - IIH

1. *El recrudescimiento de la crisis*

Así estaba el escenario cuando cambiaron los funcionarios de ambos lados en septiembre de 1844. Por un lado, Crescencio Rejón y por el otro, Wilson Shannon que, con ese ambiente recrudescerían la crisis, a pesar de que sus relaciones iniciales presentaron buenos augurios. Se pusieron en libertad a los prisioneros texanos de Perote y se liquidó el pago pendiente de la deuda, pero además se ofreció el nombramiento de los comisionados para discutir las enmiendas senatoriales norteamericanas al tratado pendiente desde el 20 de noviembre del año anterior. Pero también continuaba la desconfianza pública mexicana y la tensión que no disminuyó.

Todo ello se reflejaba en las nuevas disposiciones de pasaportes, en el aislamiento de la frontera, en los consejos sumarisimos contra los transgresores; resultaba contrario al tratado de amistad. En los Estados Unidos también se aplicaban reglas de neutralidad a las naves mexicanas que aportaban en busca de artillería y se pertrechaban para atacar Texas. Además se insistía, a las claras, en que la amenaza de reconquista no detendría la anexión y en que el senado estaba a punto de aprobarla. También se declaraba que los Estados Unidos no permitirían un enfrentamiento entre México y Texas que, de llevarse a cabo, considerarían como propio porque intentaría derrotar los objetivos por ellos perseguidos.

Wilson Shannon no pareció preocuparse por lo que México fuera a hacer en vista de la situación política lamentable que había sido causada por las suspicacias y los intereses específicos de sus políticos y funcionarios que impedían la existencia de una política consistente.

La insistencia de Shannon en la postura de su gobierno desató otra polémica, que duró desde octubre de 1844 hasta diciembre del mismo año, cuyo propósito era salir del callejón sin salida establecido por sus antecesores. Aquella discusión aparentemente terminada con el cambio de funcionarios, se convirtió en la base para esta otra en que Rejón,

además de los argumentos históricos y políticos utilizados con anterioridad, acusó a los Estados Unidos por los 20 años de esfuerzo llevado a cabo para apropiarse de Texas.

Para mantener su "yo acuso", se apoyó en pensadores estadounidenses que, como el propio Jackson, opinaron que reconocer la independencia a los texanos era un acto de injusticia hacia México porque los pobladores texanos siempre pensaron en anexarse. Por ello se dijo, y los Estados Unidos lo apoyaron, que Texas era parte de Luisiana.

Esos argumentos contenían una política expansiva y peligrosa que pondría en jaque, por razones de seguridad egoísta, a toda América. Sobre la mesa quedó, de nuevo en México, la discusión de las enmiendas del senado norteamericano.

Los términos de Rejón, era de suponerse, se calificaron de groseramente ofensivos por acusar al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos de manejar artificios de carácter deshonroso y de usurpar con prepotencia. El 4 de noviembre de 1844, Shannon pidió el retiro de la nota mexicana que sólo buscaba insultar a su nación con el lenguaje más ultrajante.

Así se enfrascaron en una discusión lateral sobre la barbarie y la dignidad de las naciones y resultaba patente que se iba en busca de provocar un rompimiento de relaciones. Rejón, consideraba haber dicho lo indispensable para hacerse entender, en vez de devolver insulto por insulto con el mismo lenguaje descortés y no justificaba la necesidad de interrumpir las relaciones de "amistad". Decidió, en cambio, mantener los puntos de derecho que consideraba necesarios, en vez de retirar la nota causante de la irritación.

Las catilinarias y los forcejeos entre funcionarios no terminaron a pesar de interrumpirse las relaciones políticas y diplomáticas entre los gobiernos. Ambos lados se esforzaron en demostrar su razón al otro. Pero quedó claro, aparte de los argumentos jurídicos e históricos de Rejón, que los gobiernos de los Estados Unidos lucharon durante veinte años para lograr la anexión, aunque Shannon se considerara abrumado por los "insultos constantes" debidos a la jactancia de la administración mexicana.

Al parecer lo molesto en Shannon resultaba de su impotencia manifiesta al no lograr convencer al ministro mexicano de que aceptara sus argumentos justificativos y por ello se irritaba. Cada uno de los bandos estaba instalado de manera pertinaz en su postura y el contacto de cualquier

tipo resultaba imposible. De esa manera las dos naciones por ellos representadas se encontraron en el callejón sin salida porque no importaba el tipo de razonamiento teórico, uniforme, en el caso de México y pragmático, variante, en el de los Estados Unidos.

2. *La inestabilidad interna de México y la anexión de Texas*

Todo esto sucedía a la par que se levantó el general Paredes en Guadalajara y que Santa Anna se movilizó para dominarlo. También se evitaba discutir las enmiendas norteamericanas, pendientes en el congreso mexicano y quedaba impago el nuevo plazo vencido de las reclamaciones. Además se decretaban nuevas medidas aduanales en perjuicio de los ciudadanos.

Los ingleses previeron que el enfrentamiento directo entre México y Estados Unidos sería inevitable y el primero llevaría las de perder, porque todo terminaría en la anexión en consecuencia de que la política mexicana fue impráctica y cerró cualquier salida al conflicto. Por ello el gobierno inglés se negó a discutir el problema con el representante mexicano Murphy.

Mientras tanto, en el mes de diciembre, el gobierno mexicano amparado en su Constitución preparaba su defensa. El gobierno santannista cayó y la revolución puso a Herrera en la presidencia.

La resolución conjunta de los texanos y los norteamericanos se aprobó en el congreso de los Estados Unidos, el 23 de diciembre de 1844, para reglamentar la forma en que habría de celebrarse la anexión. Entre las estipulaciones que se hicieron, el arreglo de la frontera internacional occidental de Texas con México, quedó encargado a la presidencia de los Estados Unidos.

No hubo otra manera de enfrentar la situación que hacer preparativos en el congreso mexicano para poner en pie de guerra el ejército necesario para la defensa en contra de una usurpación que atentaba la soberanía nacional.

La medida fue mal vista en Inglaterra donde se dijo que, por esa actitud hostil, los texanos se echaron en manos de los Estados Unidos. El territorio de Texas nunca podría recuperarse y México se exponía a perder más provincias

por su imprudencia, entre ellas las Californias y ni los ingleses ni los franceses se dispondrían a ir en su ayuda.

Mientras tanto en los Estados Unidos tuvo lugar la agresiva y apasionada discusión del proyecto de anexión que motivó duros debates entre los diferentes partidos políticos, aparte de la polémica entre los del norte y del sur que tomaron el problema de la esclavitud como ariete. Los vericuetos de los debates fueron resumidos en los informes periodísticos que llegaron a Nueva Orleans desde donde el cónsul Francisco Arrangoiz desempeñó una intensa labor informativa para el gobierno mexicano. Recogió cuanta noticia llegó a sus manos, tanto ciertas como especulativas.

El cambio de gobierno, a Paredes, 4 de enero de 1846, en México puede tomarse como el principio del arreglo con los Estados Unidos. Se descubren factores sintomáticos que así lo hacen pensar pues el gobierno reveló en la correspondencia de Santa Anna con los ingleses, su intención de venderles California en vista de hipotecas por 25 millones que tenían en México y se llegó a criticar inesperadamente tanto a Rejón como a Bocanegra por la correspondencia inconveniente sostenida con los norteamericanos, a pesar de que las proposiciones para la anexión se multiplicaran en el congreso norteamericano y de que Tyler y Calhoun no se detendrían en consideraciones, según decían, si el congreso de los texanos no aceptaba la aprobada por el de los norteamericanos. Arrangoiz sostenía, incluso, que en ese caso, el ejército norteamericano invadiría Texas y opondría cualquier esfuerzo mexicano en sentido inverso.

A pesar de ese ambiente agresivo de los Estados Unidos, Shannon esperaba que México aprovecharía las leyes de anexión para ir en busca del arreglo rápido y pacífico con los Estados Unidos, sin importar el grupo de senadores belicistas existentes en el congreso mexicano.

El mes de noviembre de 1845 cundieron los rumores sobre los sucesos y el 22 de enero de 1846 se cerró la discusión de la cámara de diputados norteamericana. El proyecto, una vez aprobado en esa cámara, como se esperaba, pasaría al senado que también lo aceptaría. La aprobación de la cámara ocurrió el 27 de enero.

Tampoco fue sencilla la discusión en el senado y se combinó con la de Oregon, última esperanza mexicana de lograr la ayuda inglesa, desarrollada en forma paralela en la cámara de diputados. Los senadores discutieron la representación que Texas tuviera en el congreso federal y se habló

de hacer un nuevo reparto de la representación nacional general; se habló de los gastos de la negociación para convenir el mecanismo de la anexión y también de la animadversión que se provocaría al establecer la deuda de los texanos en los Estados Unidos. Las opiniones no fueron unánimes ni en el senado ni en la prensa y se levantaron las voces en favor de un arreglo con México a cambio de entregar una buena suma de dinero. Así corrieron nuevos rumores sobre la política interna norteamericana y sobre la posible venta de California por Santa Anna a los ingleses. Además se dudó de que los texanos admitieran la anexión como los Estados Unidos habían planteado porque se decía que México reconocería la independencia texana a sugerencia de Inglaterra, que por ello se molestó.

3. *La anexión en los Estados Unidos, en Texas y en México*

Los continuos dimes y diretes terminaron el día 6 de marzo de 1845 cuando el senado de los Estados Unidos admitió la provincia de Texas en la confederación americana y el representante mexicano J. N. Almonte pidió los pasaportes para retirarse de Washington, después de una violenta protesta en contra. El tema texano, por estar aprobado en la cámara y en el senado, dependía de las instituciones texanas que pertenecían a un estado independiente de facto y de jure, y nadie podría protestar en contra de los Estados Unidos si Texas decidía anexarse a ellos. Los Estados Unidos se negaron a volver a discutir el tema, así cerrado, e insistieron en la amistad pues México no debía considerarse insultado por esos acontecimientos.

Las especulaciones volvieron a levantarse sobre lo que ocurriera en Texas donde tampoco hubo uniformidad de parecer en cuanto a su anexión. Resultaba que la gente de las clases altas, opuestas a la anexión, no tendría el poder para rechazar la medida y serían arrollados por quienes llegaban a diario, pensando en saquear los poblados mexicanos. Incluso Houston, Ashbel Smith y Jones se consideraban contrarios a la anexión y el cónsul inglés apoyaba esa opinión.

La anexión aprobada en los Estados Unidos produjo en México la suspensión inmediata del tratado de amistad y comercio, el cierre de los puertos al comercio y la expulsión

de los comerciantes norteamericanos y se temía que, a pesar de la buena disposición de las autoridades mexicanas, los problemas se vendrían encima por cundir el espíritu de guerra en la nación mismo que resultaba indomitable para el gobierno. Ello podría provocar una ruptura total de las relaciones que sería fatal para el comercio norteamericano.

4. *Acercamiento o rechazo, conciliación contra movimientos navales*

El gobierno mexicano, en vista de la gravedad producida por el paso que dio el congreso de los Estados Unidos, con todos los recursos y por la necesidad que había de conservar el honor, anunció a Shannon no poder continuar las relaciones diplomáticas con su país y que se disponía a responder con la decisión correspondiente a su honor y soberanía a todas las ofensas recibidas.

Los Estados Unidos parecieron querer ignorar lo ocurrido y censuraron a Shannon por haber caído en la polémica con Bocanegra y con Rejón, que lo inutilizaba para proseguir sus gestiones en México. Se esforzaron en restablecer la relación amistosa con la misión secreta de William Parrot, partiendo de que el problema texano, resuelto, no debía afectar los nuevos contactos que se intentaban y se dispusieron a remediar cualquier desacuerdo que hubiera. Sin embargo no perdieron de vista las reclamaciones y los pagos pendientes y pusieron en movimiento las unidades navales, surtas en Nueva Orleans, que destinaron a las costas mexicanas en abril de 1845. Ello significó una contradicción con la política de conciliación representada en la misión de Parrot.

No pareció consciente el gobierno mexicano de la verdadera situación y continuó haciendo esfuerzos inútiles al ir en busca de la firma de documentos conciliatorios con los propios texanos, los ingleses, los franceses y los españoles, mientras el congreso de los texanos sufría presiones en favor de la anexión que eran acompañadas por la afluencia de compañías de infantería y de dragones norteamericanos y su territorio con la excusa de protegerlo en las posibles ofensivas mexicanas.

Por influencia inglesa, el gobierno mexicano llegó a disponerse para recibir nuevos comisionados texanos con el fin

de lograr arreglos honrosos que fracasaron. Esta medida levantó la sospecha de la compra de los congresistas texanos en favor de México. También se dijo que, en el mes de marzo, Texas firmó convenios con los ingleses y los franceses para mantener su independencia. De esta manera puede explicarse el fallido y extemporáneo esfuerzo de México para lograr un entendimiento con los texanos.

México no se decidió a declarar la guerra a los Estados Unidos por la esperanza de lo que pudiera remitir de Texas y de los ingleses que no creían, todavía, que el congreso texano aceptara la anexión.

El gobierno inglés continuó insistiendo en la necesidad de un avenimiento entre Texas y México que resultaba de la suspensión de las hostilidades que Jones, el presidente texano, declaró en contestación a las órdenes norteamericanas que pusieron en movimiento el ejército al mando del general Gaines. Pero la determinación de los Estados Unidos, de adelantarse a los acontecimientos, era visible al observar la llegada constante de fuerzas a Nueva Orleáns encabezadas por Taylor para dirigirse a Béjar el 16 de julio de 1845.

Estos movimientos efectivos sólo encontraron la respuesta en la autorización del congreso mexicano a su presidente para que levantara un cuerpo de "defensores de la independencia y de las leyes" en un país, inmerso en problemas internos, en el que se sentía el desafecto hacia el gobierno.

5. *Roturas e incertidumbres*

Al saberse que la anexión estaba acordada también en el congreso texano, el ministro Cuevas excusó de su cargo, el día 17 de julio de 1845, al cónsul Arrangoiz que tan duro e incómodo papel desempeñó en Nueva Orleáns y lo autorizó a regresar a su país.

No fue, sin embargo, suficiente la rotura de las relaciones con el retiro del cónsul Arrangoiz para que el gobierno mexicano decidiera qué hacer, aparte de tomar medidas de poca relevancia excusándose de decisiones mayores, hasta obtener la constancia de la anexión o de la invasión de su territorio. Entonces entendería estar abierta la guerra con los Estados Unidos, para poder justificarse por el deseo de redimir el territorio y de asegurar la independencia nacional.

El gobierno mexicano se enfrentó con toda clase de dificultades. La primera fue la de levantar el dinero para apoyar sus medidas y Parrot comentó que, en realidad, se trataba de ganar tiempo para salvar el honor con una simple agresión sobre Texas. Esa situación se deformaba en Nueva Orleans donde, con optimismo, se hablaba de la fortificación de San Juan de Ulúa, de la reunión de 30 000 hombres y de la marcha de Paredes hacia la frontera. Pero lo cierto era que el gobierno mexicano no se enfrentó con la responsabilidad que echó sobre el congreso, mientras a los diplomáticos se decía que el 29 de junio optaron por la guerra a pesar de las consecuencias.

El enviado Parrot tomó una postura agresiva al considerar las ventajas de una guerra que, al forzar la discusión de paz, facilitarían los arreglos de la frontera que de otra forma resultarían imposibles. Esa sería la forma de castigar a México por el sinnúmero de ofensas en contra de los Estados Unidos. Quizá por esa razón el consejo de gobierno mexicano consideraba apresurada la medida que se tomó, al preferir buscar la manera de que las consecuencias recayeran en los Estados Unidos. Atacar Texas, sin hacer declaraciones, para que Inglaterra fuera a provocar la paz, y guardar silencio era la recomendación, mientras en voz alta se hablaba de la llegada de Gaines al Bravo y de la escuadra norteamericana a Veracruz.

Los ingleses razonaban, en cambio, que si México iba a la guerra perdería otros departamentos, y también las Californias, además de sufrir el bombardeo de Veracruz y de perderse las entradas procedentes de las aduanas. La guerra daría a los Estados Unidos los títulos de derecho para ocupar territorio mexicano y por ello debía evitarse a toda costa. Por otra parte, desde México, Parrot cada día consideraba menguante la fiebre de la guerra y por ello la nación tendría que ceder ante las fuerzas terrestres en el norte y ante las navales de Veracruz. ¡Con ello quedaría a salvo el honor nacional y se aceptaría el arreglo!

Nuevas perspectivas se abrieron al encargarse del despacho el ministro de Relaciones Manuel de la Peña, apoyado por el general Pedraza en sustitución de Cuevas. Aparentemente era partidario de la paz y dispuesto a llegar a un arreglo con los Estados Unidos si llegara, según Parrot, un ministro autorizado que el norteamericano solicitó sin recoger el verdadero sentir del gobierno mexicano. Y todo sucedía en medio de otra interrupción de relaciones, esta vez

con Francia, y de la insubordinación de San Luis, donde Paredes se apropió del dinero y de la ropa que se enviaba a Filisola en la frontera.

Se temía una nueva revolución en la capital y el país continuaba inactivo, atado de manos en todos sentidos, confiando en los ingleses. Esta pasividad forzada detendría también las deudas pendientes con los Estados Unidos hasta que éstos lo permitieran.

Arista solicitaba ayuda, que no le concedían, para oponerse a los norteamericanos que tenía a la vista en Texas y Parrot maliciaba que el gobierno actuaba de esa manera porque prefería lograr arreglos amistosos, que terminaría pidiendo compensaciones por las pérdidas nacionales aunque ya se había anunciado que nada se daría por Texas sino a cambio de un nuevo arreglo de fronteras.

La situación empeoró y, en septiembre de 1845, arreciaron las críticas en contra de los Estados Unidos. Se hablaba de sus métodos tortuosos y de que pretendían tomar la capital mexicana. La prensa volvió sobre la necesidad de usar todos los recursos para la defensa y se habló también de las maniobras de Paredes para perpetuar su poder amenazado por la revolución.

6. *Acercamiento pacífico de los Estados Unidos y la debilidad de Herrera*

No parecía favorable el momento para que los Estados Unidos pensarán en reanudar gestiones pacíficas, pero de por medio estuvieron los informes optimistas de Parrot y de acuerdo con ellos se tomaron medidas para otro acercamiento que fue favorecido al especularse con la ruina económica mexicana, la carencia de fondos gubernamentales y la convicción de que la campaña contra Texas resultaba imposible en esas condiciones, aparte de que el propio gobierno mexicano, aterrizado por la oposición, no se atrevía a tomar nuevas resoluciones.

A todo se unió el aislamiento de un gobierno alejado, por problemas variados, de los franceses, de los ingleses y hasta de los españoles, que todos tuvieron motivo de queja en su relación con México. El propio De la Peña tuvo que aparecer ante las cámaras para dar explicaciones de la situación y comentó que a la nación mexicana sólo quedaba echarse

en brazos de los Estados Unidos para buscar protección. Los ingleses consideraron la guerra inevitable y cualquier ayuda que dieran a México resultaría una intervención no justificada a pesar de no conformarse con que California perteneciera a Estados Unidos. De nada sirvió buscar la forma de involucrarlos directa o indirectamente en su contra y con los franceses no se contó para obligarlos. Por otra parte ante la debilidad de Herrera, el gabinete no podía hacer tratos con la nación del norte. No había manera de prever lo que el gobierno o el congreso hicieran y los opositores opinaron que, si estaban equivocados al apoyar una guerra, el gobierno debía resolver el problema en vez de levantar mayores impuestos para una contienda que nunca se llevaría a cabo, en vista del fracaso obtenido en la alianza artificial que se buscaba con los franceses y los ingleses, provocado solapadamente por Parrot.

7. *Fronteras contra reclamaciones*

Una conversación confidencial del cónsul Black con De la Peña pareció abrir de nuevo el camino hacia el entendimiento, porque el gobierno mexicano se comprometió a recibir un nuevo comisionado que no fuera Parrot, con poderes para resolverlo todo pacíficamente concediendo a cambio, el retiro de las fuerzas navales situadas en aguas veracruzanas. El momento se consideró propicio por todas razones, y Buchanan nombró a John Slidell para la difícil misión. Se opondría a la influencia de otras naciones en México, restauraría las viejas relaciones pacíficas con el país y aprovecharía la situación interna mexicana usando las desavenencias con los ingleses y franceses. Aparte, y de manera especial, el primer objetivo de su misión consistía en ver la forma de liquidar las reclamaciones pendientes de los norteamericanos y recordaría a las autoridades que, desde Jackson, en 19 de febrero de 1837, se pidió permiso al congreso para usar la fuerza militar si México insistía en no cumplir. En el recorrido de los acuerdos firmados con los mexicanos se establecieron pagos por ocho millones en 1839 y, en 1843, quedaron reclamaciones pendientes por 928 mil a pesar de haberse presentado tres millones y pico, pero además se firmó otra convención que estaba pendiente de aceptarse en México, que con dos enmiendas se ratificó en enero de 1844. La pa-

ciencia consumida era invocada y había que terminar con ese, aparentemente, insoluble problema encontrando la fórmula para cobrar a pesar de la ruina mexicana, pues de otra manera los súbditos jamás serían satisfechos. La solución se encontraba en la anexión de Texas y estaba en los ajustes de la frontera que hubiera que hacer pues, con ellos, el gobierno norteamericano absorbería los pagos a los norteamericanos y no se cargarían a la economía mexicana. Había un tramo de territorio de Nuevo México que se pretendía pasar a Texas para poder seguir el río Bravo con la frontera; estaba Nuevo México que daba seguridad a los Estados Unidos y todavía se ofrecían cinco millones si la frontera recorriera el curso del río Grande hasta sus fuentes para tomar el paralelo 42 hasta el Pacífico. Si México no estuviera conforme en ceder esa parte insignificante de Nuevo México que se integraría a Texas, los Estados Unidos pagarían de todas maneras las reclamaciones y se usaría la línea fronteriza establecida por el congreso de Texas. Sin embargo, resultaba imposible pensar que México despreciara los cinco millones que le ofrecían. Por otra parte, se pretendía la cesión de California por 25 millones, en vista de las ventajas que significaría para los Estados Unidos. Si ésta fuera concedida entonces se modificaría la frontera desde el ángulo suroeste de Nuevo México al océano, de manera que Monterrey también se incluyera y, de lo contrario reducirían 5 millones de la oferta.

Puede apreciarse que las reclamaciones se convertían en el motivo de la revisión de la frontera pero también recordemos que la línea propuesta, de hecho, fue establecida por el ministro Antonio Butler, al final de su estadía en México en 1836, cuando diez años atrás, con gran visión futurista, la propuso a su gobierno pensando que, de esa manera, se convertiría en el instrumento para lograr una de las mayores expansiones de su país.

La paciencia norteamericana llegaba a su término y Slidell era presionado por su gobierno para que cerrara los arreglos con rapidez pues, si no los lograra, se usarían métodos más enérgicos.

Pero Slidell consideró la soberanía de Texas un asunto complicado por definirse texana en 1836. Su llegada a Veracruz provocó ilusiones al pensarse que pagaría por los arreglos y se habló de que intentaba comprar Texas y de las indemnizaciones que los Estados Unidos darían a México por el arreglo de la frontera.

Mientras tanto el gobierno inglés se mostraba molesto con su representante Bankhead al pensar que presionó en demasía para que México llegara a un arreglo con los Estados Unidos, pues Francia tampoco apoyaba porque sostenía que México nunca había hecho proposiciones concretas dignas de tenerse en cuenta.

8. *Herrera rechazó a Slidell*

El secreto de la misión de Slidell se perdió cuando la prensa publicó su propósito de adquirir Texas, California y Nuevo México para su país.

Poco después de esa noticia Ortiz Monasterio se negó a recibir la visita oficial de Slidell porque no contaba con la aquiescencia del consejo del gobierno mexicano. Mientras, el ejército norteamericano avanzaba hacia Corpus Christi con abundante artillería y sus ejércitos construían puentes en tierras distantes a treinta leguas de Ciudad Victoria a la vez que el discurso del presidente Polk atemorizaba a Arrangoiz quien pensaba que, de no irse a una guerra efectiva, en 1860 se usaría la Sierra Madre como línea divisoria entre los dos países. El cónsul estaba convencido de que el ejército norteamericano tomaría Tampico en cuanto se declarara la guerra.

En semejante situación se descubrió un malentendido entre lo que eran deseos del gobierno mexicano, según el gobierno norteamericano, y lo verdaderamente expuesto por el gobierno mexicano que prefería posponer la recepción del ministro un mes para, en enero de 1846, someter la petición del diplomático norteamericano al congreso.

La falta de decisión en el presidente Herrera era tan patente como el temor que tenía a las posibles críticas que surgirían si recibía la misión de paz. Por más que De la Peña se dispusiera a hablar de la misión que se le ofrecía, el resultado era inútil por la necesidad que había de consultar al consejo de gobierno que se retrasó para no asumir la responsabilidad. Para ganar tiempo, al parecer la intención del gobierno mexicano, se rechazaron las credenciales por impropias, se consideró a Parrot indeseable a pesar de que aparecía como miembro de la misión y, sobre todo, se planteó el argumento decisivo al exigirse que la misión se limitara a tratar sólo de las diferencias habidas en la cuestión texana.

Todas estas objeciones no fueron esperadas por Buchanan que ya pensaba, con optimismo, en la forma de comprometer el dinero en pago de los arreglos encomendados a Slidell.

No es de extrañarse que la situación en que Slidell se vio le sorprendiera sobre todo por saber que el consejo de gobierno se reunió en diversas ocasiones negándose a recibir sus credenciales por considerarlas insuficientes. Al parecer el gobierno aceptaría tratar sobre el problema texano pero, aun así, no se decidía a hacerlo hasta tener la autorización de la comisión permanente a la que se consultó y mientras tanto ni siquiera ofrecían el tratamiento debido a los diplomáticos. La falta de tino se agravaba por la llegada de Parrot. El hecho fue que el gobierno mexicano pretendió evitar el desembarco del diplomático, también de su colega Parrot, y no se logró. El gobierno mexicano se atemorizaba de que los opositores pudieran llamarlo traidor y prefirió evitar críticas mientras la responsabilidad no recayera en una decisión del congreso nacional. Por ello la misión se redujo a tratar los problemas texanos sin permitir que se abriera la legación norteamericana en México. De ahí, la insistencia en que se presentaran las credenciales de su ministro *ad hoc*. El 20 de diciembre de 1845 no había contestado el consejo interno de gobierno y Slidell, en vista de lo molesto que estaba, recurrió a esgrimir las reclamaciones pendientes y la falta de pago por las acordadas a los Estados Unidos. El tono de la correspondencia subió la voz porque no apreciaban los esfuerzos de los Estados Unidos en favor de la paz aunque estaban preparados para la guerra. Slidell prefirió retirarse a Jalapa en espera de las instrucciones finales para dar tiempo a que reaccionara el gobierno mexicano, mientras se aislaba, en lo personal, de los dos bandos políticos contendientes de México.

La situación del gobierno era delicadísima y amenazaban los planes de insurrección si se recibía al norteamericano. La llegada inesperada y la estancia en México de Slidell desconcertó cuando las tropas de Paredes se preparaban a salir el 15 de noviembre. Los planes de este último fueron poco satisfactorios en el país y fracasó el levantamiento de la capital contra la que se dirigió. Slidell especuló con que o los mexicanos entenderían la necesidad de resolver los problemas por negociación, o lo harían con la guerra. Su estadía en Jalapa se prolongó en espera de encontrar una oportunidad de acordar medidas para el pago de las reclamaciones pendientes.

9. *Paredes sostuvo el rechazo*

Paredes tuvo éxito al entrar en la capital. Tomó el poder y de inmediato nombró la junta de notables que lo hizo presidente el 4 de enero de 1846. Castillo y Lanzas fue su ministro de Relaciones Exteriores pero tendría que enfrentar a Almonte, antinorteamericano conocido. La revolución tuvo la salida de Slidell a Jalapa hasta el día 17 cuando partió el ministro acompañado de Parrot para establecerse en aquella ciudad.

El cambio en el gabinete inglés y la llegada de Robert Peel al poder, con Aberdeen como encargado de las relaciones internacionales, dio por un momento la esperanza de que el resultado que obtuvieran en Oregón favorecería a los mexicanos en sus problemas con los Estados Unidos. Pero en Washington, no recibir a Slidell significaba un acto de mala fe que llevaba las relaciones a exigir los pagos pendientes por reclamaciones, mismas que se convertirían en el instrumento necesario para demostrar que el fracaso de la misión de paz se debía al gobierno de México. El ministro debía lograr que su fracaso diera pábulo para levantar al pueblo norteamericano que clamaría en favor de hacer la justicia, debida a los sufrimientos de los reclamantes.

También debe observarse que esa postura significaba, de hecho, una provocación abierta de guerra pues en previsión de que la misión Slidell fracasara, las tropas de tierra avanzaron hasta la ribera izquierda del río Bravo y las navales del Golfo se reforzaron. Todos estaban en espera de que el congreso de los Estados Unidos autorizara intervenir para hacer justicia por mano propia. Si Paredes, de cuya revolución acababan de enterarse, seguía la misma actitud que su antecesor la estancia de Slidell en México serviría para demostrar que la ruptura no se podría evitar de manera honorable; y, logrado esto, pediría los pasaportes y se retiraría. De lo contrario insistiría sobre el tratado de 1843 y reformaría la frontera como le habían indicado, incluyendo en ella las Californias que tanto preocuparon a Inglaterra por mantener su pacifismo, reforzado por la indiferencia de Francia. Slidell estuvo consciente de la relación habida entre el problema de los ingleses con Oregón y la posible aceptación de su misión en México.

El ministro se alejó del gobierno mexicano en Jalapa. Sin embargo, insistió en la posibilidad de resolver las dificultades nacionales al entenderse con los Estados Unidos, pero ello no

sirvió y cabe pensar que esos ofrecimientos repetidos buscaban producir un testimonio de lo que el gobierno de los Estados Unidos necesitaba demostrar a su pueblo.

Mientras, el gobierno mexicano fracasaba en sus esfuerzos por conseguir préstamos económicos y, a pesar de ello, en 7 de marzo de 1846, Paredes decidió definitivamente rechazar al ministro norteamericano por no tener la calidad de comisionado. Cuando el gobierno redactaba su negativa para que estuviera en mano de Slidell el 15 de ese mes, los rumores corrían considerando la guerra inevitable y se acompañaban de toda clase de fantasías.

10. *El planteamiento de la guerra*

Slidell al contestar el rechazo buscó la manera de reforzar, en 17 de marzo, la conducta de los Estados Unidos con una versión pragmática para complacer a su pueblo. Se apoyó en la invitación hecha a los colonos por el gobierno mexicano y en la Constitución de 1824 porque ésta convertiría a los colonos texanos en un estado separado de México. Por eso redactaron su propia Constitución y pidieron participar en la Unión. Sus privilegios fueron negados y, cuando el congreso general se disolvió, otro, reunido arbitrariamente, estableció el gobierno centralista opuesto a los colonos que declararon su independencia y la defendieron con las armas el 3 de marzo de 1836. La política estadounidense frente a los hechos fue, y continuó siendo, cauto y esperó ocho años para aceptar los tratos de anexión que tanto molestaron a los mexicanos, por no tener en cuenta la independencia texana, misma que México no pudo someter durante ocho años. Frente a frente, quedaron México y los Estados Unidos que insistían en restablecer su relación amistosa y México los rechazaba amenazando con la invasión al territorio de los colonos al tiempo que Herrera fue depuesto por Paredes al no aceptar hacer la guerra contra los texanos, en otras palabras, contra los Estados Unidos. Por ello Paredes resultaba responsable. Las amenazas de guerra partieron, en consecuencia, de México y no había lugar a criticar los preparativos de defensa que se hacían, cuando México se preparaba para asestar un golpe negándose a aceptar la misión de paz y desconociendo la insistencia que en ella se hizo.

Slidell siguió en esa forma el derrotero dirigido a con-

cluir en una justificación, para tomar la justicia por su mano, con toda puntualidad. Al retirarse no pudo transmitir al gobierno mexicano que Buchanan ofrecía a Paredes un arreglo que le posibilitaba girar de inmediato contra los Estados Unidos, para arreglar los problemas económicos de la nación. Paredes, la política mexicana, el desasosiego por la solución que se dio al problema de Oregon, los proyectos de monarquía y las dificultades económicas que precipitarían la guerra con los Estados Unidos constituían un panorama lamentable. Además había que intervenir con rapidez en virtud del proyecto monárquico que existía, pues los mexicanos nunca atenderían, según Slidell, hasta recibir una buena sacudida.

Al salir el ministro por Veracruz, Paredes lanzó un manifiesto anunciando que no atacaría a los Estados Unidos hasta contar con el permiso de su congreso, pero estaba dispuesto a rechazar cualquier agresión que recibiera. De hecho resulta claro que no contaba con el país.

De otra forma los movimientos de las tropas norteamericanas que avanzaban hacia el Bravo pudieron interpretarse como un ataque pero se vio en la imposibilidad de concentrar las fuerzas necesarias para enfrentarlos. Además de la actitud burlona de Slidell por ese motivo, su presidente informó al congreso, en 13 de mayo, que estaban en guerra y éste lo apoyó en vista de la cantidad de insultos que se habían tolerado de parte de México.

Las intenciones hacia la política mexicana, expuestas con anterioridad, se confirmaron en el preámbulo del presidente usado para explicar por qué se encontraban en guerra. Insistió en que México debía ser una república independiente y amiga, pero las revoluciones sucesivas, la avaricia y los hombres sin principios llevaron el país al borde de la ruina y causaban el problema que enfrentaban, en vista de ser intolerables los gastos y los inconvenientes sufridos por los Estados Unidos cuando gozaban de una paz teórica. Irían a la guerra para lograr la paz y lo harían con el mayor vigor, pero, cuando los mexicanos aceptaran "la rama de olivo" entonces envainarían la espada. Se proponía el bloqueo de los puertos de ambas costas mexicanas, interceptarían las entradas aduanales y obligarían al "enemigo" a pactar de manera razonable.

Con mayor pasividad se vio la guerra en Inglaterra, que menos se comprometió en semejante situación, y México quedó reducido a sus propios recursos. Los Estados Unidos

buscaron todavía las mediaciones en favor de la paz y trataron de utilizar al gobierno español para ese propósito. Washington Irving hizo cuanto pudo en ese sentido, cuando su puesto de ministro en Madrid llegaba a su fin, y lo mismo hizo Sounders su sucesor.

11. *La decisión de Paredes*

Paredes, atado de manos y con el mundo en contra, no se atrevió a decidir por su cuenta y prefirió insistir en esperar la reunión del congreso sin contestar a ninguna negociación. Pero el congreso se reuniría en diciembre y ello significaba una larga espera durante la que continuaría, según Rejón, la situación con los Estados Unidos tal cual estaba. Los ingleses insistieron en su pacifismo; de nuevo aconsejaron a México evitar la lucha por temor a un desastre y el representante del gobierno mexicano en Londres comentó, por orden de su gobierno, que si el esfuerzo de paz fracasaba no quedaría otro recurso que la guerra, en una contienda que, según De la Peña el nuevo ministro de Relaciones, provocó inicuamente el país del norte.

Todavía se recurrió a enviar en nombre de los Estados Unidos a Moses Y. Beach como agente de los Estados Unidos en la República Mexicana sin que su misión tuviera trascendencia especial excepto que, con ella, se demostraba cómo hasta el último momento se hacían esfuerzos de paz para la tranquilidad de la conciencia del pueblo norteamericano.

El final de los intercambios quedaron marcados por la nota de Ortiz Monasterio en que afirmaba cómo México hizo lo posible para evitar el derrame de sangre, pero se había descubierto, para el 22 de febrero, que la cuestión texana encubría la invasión sucesiva del territorio mexicano y que, a pesar de ello, el presidente se prestaría al avenimiento, si se salvaban los derechos incontestables de la nación. Para eso proponía nombrar comisionados que trataran con los Estados Unidos en Jalapa o en La Habana con la condición previa de retirar las fuerzas de ocupación del territorio nacional.

12. *La guerra y la paz; instrumentos de coacción*

La guerra sobrevino y con ello se puso un punto final al largo capítulo de negociaciones. Sin embargo todo había quedado en pie y planteado, nada se había acordado y la continuidad de los problemas habidos hasta el momento, seguiría en vigor a través del periodo bélico para resurgir en el momento en que se tratara de hacer la paz. Aproximadamente, en mes y medio, después de la misiva diplomática del gobierno mexicano Buchanan extendió el nombramiento de Nicholas U. Trist cuando había tenido lugar la victoria norteamericana en Buena Vista, se había tomado Veracruz y se había rendido el castillo de San Juan de Ulúa. Marcharía con el ejército norteamericano en territorio mexicano y aprovecharía cualquier ocasión para hacer la paz. Por ello le dieron carácter confidencial, con los poderes suficientes acompañados de un proyecto de tratado de once cláusulas basadas en principios justos y liberales, que pondría en conocimiento del general Scott y del comodoro Perry. Lo único no previsto era la cantidad que por la frontera reformada se ofrecería en compensación, que se calculaba en la vecindad de los quince millones, considerando los gastos de guerra y las victorias militares obtenidas. El territorio que pasaría a poder de los Estados Unidos se formaba por Nuevo México, Alta y Baja California. No se ponía en discusión el territorio mexicano anexado a los Estados Unidos pero se establecería la línea fronteriza de acuerdo con la reclamada por los propios texanos. Aparte, se podía incrementar la cantidad a pagar en caso de que México concediera el derecho de tránsito por Tehuantepec.

Los desiderátum fueron elásticos hasta el punto de que podrían conformarse con Alta California y Nuevo México, que se evaluaban en veinte millones. De acuerdo con las líneas que Trist pudiera lograr modificaría el texto de la cláusula referente en el proyecto del tratado.

El gobierno norteamericano dio por segura la conformidad del mexicano en cuanto que había que ceder tierras, pero se tomaba la ocasión para ir en busca de una cesión ideal que, de hecho, fue propuesta con mucha anterioridad, como dijimos arriba, llegándose en esa confianza hasta el punto de establecer instrucciones con formas diferentes para los pagos que habrían de hacerse al saber las cantidades a pagar. Además se puntualizaron otros temas menores que

obviamos describir aquí en aras del espacio y que lector podrá analizar en la sección documental.

Aun cuando las negociaciones no obtuvieron los resultados previstos, quedó la puerta abierta ante la posibilidad de firmar un arreglo preliminar que facilitara la reunión de representantes de acuerdo con la oferta mexicana, siempre y cuando ellos estuvieran dispuestos a aceptar el ultimátum establecido.

Extraordinario parece que en esa postura, con parte de su territorio invadido, el gobierno mexicano insistiera en no estar dispuesto a ceder territorio patrimonial y pretendiera, sin más, sostener las fronteras como se delinearon en el tratado de las Floridas. Como vimos, se desperdiciaron las ocasiones de avenimiento antes de la guerra y el mismo desperdicio se estaba haciendo al comenzarla. Esa resistencia, o repugnancia, sería la primera que había que romper para poder negociar y entrar en el camino hacia la paz. Pero también fue responsable de la toma de la capital y del retiro del gobierno a Querétaro en situación verdaderamente precaria.

13. *La jurisdicción militar y la diplomática*

Trist al llegar a México tuvo enfrentamientos con Scott por motivos de jurisdicción que necesitaron de consideraciones muy especiales y enérgicas por parte de los secretarios norteamericanos de Guerra y de Relaciones. De hecho, sólo el trato prolongado y el mayor conocimiento de sus personalidades fue lo que hizo posible un entendimiento e incluso admiración entre el diplomático y el militar. Pero, para ello, hubo que pasar por las discusiones jurisdiccionales de rigor y por los argumentos sobre la seguridad del ejército en territorio enemigo, que asumieron tonos verdaderamente altisonantes no apagados hasta que resonó la autoridad presidencial para acallarlos.

14. *Las rivalidades, los intereses y las intrigas*

Por el lado mexicano los problemas fueron mayores en los últimos tiempos, de acuerdo con lo informado por Beach. En dos de los grupos que se formaron, uno en favor de Santa

UNAM - IHH

Anna y otro en el de Gómez Farías, se encontraron los defensores y los oponentes de Santa Anna. Unos buscaban robustecer su propio poder contra los rivales y contra la Iglesia; las jerarquías eclesiásticas y las órdenes religiosas eran partidarias de continuar la guerra a todo trance para destruir el despotismo militar. Los obispos negociaban cuando Beach llegó a México y detuvo un mensajero que entregaría ofrecimientos generosos a Santa Anna, convenciendo a los eclesiásticos del peligro que representaba para ellos hacer la guerra y también de que los Estados Unidos, su país, defendería la libertad de la Iglesia junto con sus bienes. Terminaron por no apoyar la guerra y organizaron la resistencia a petición de Beach. De ella fueron exponentes los levantamientos de la capital, de Puebla y de partes de Michoacán, todos ellos efectuados al desembarcar Scott en Veracruz. Por 23 días lograron que Veracruz no hiciera verdadera resistencia y también que no se reforzara Puebla. Cuando Scott hubo desembarcado la artillería pesada prolongaron la rebelión con una dádiva de 20 000 pesos hasta que tuvo lugar la repentina aparición de Santa Anna, que terminó el asunto.

Incluso lograron a establecer conversaciones con un grupo de pacifistas del congreso dispuesto a establecer la frontera entre las dos naciones en el paralelo 26 a cambio de quince millones y la llegada de Santa Anna los dispersó.

Los primeros contactos de Trist con México, salvando el conducto de Scott, por sus desavenencias y rivalidades, se hicieron a través de la legación inglesa, después de haberse sabido que varias ocasiones, propicias a la paz, se perdieron porque Trist, en su aislamiento, pensaba que no existía un gobierno mexicano con quien entenderse.

El congreso mexicano evitó, a todo trance, la responsabilidad de las proposiciones de paz, dejando al presidente la decisión de escuchar, pero tanto los puros como los moderados no deseaban responsabilizarse y Trist consideraba la posible presión de tomar la capital como una complicación para sus gestiones pacíficas, pues el gobierno mexicano se dispersaría.

15. *La necesidad de la paz*

En junio, el secretario Domingo Ibarra se dio por enterado de las proposiciones norteamericanas, conducidas por los in-

gleses, y dijo que el presidente *ad interim* de México las turnó al congreso en espera de una decisión. Pero la responsabilidad fue de un lado al otro porque los rumores sobre lo que hiciera y decidiera Santa Anna abundaban, planteando un sinnúmero de incógnitas.

El secretario Ibarra fue sustituido por el nuevo titular de Relaciones, el señor Pacheco, quien despuntó por hacer entender al congreso la necesidad que había de aceptar la paz como única salida del conflicto. Para alcanzarla pidió la restitución de los poderes presidenciales para negociar con los Estados Unidos pues, de lo contrario, el congreso tendría que enfrentar el problema de la responsabilidad y decidir continuar la guerra o firmar la paz.

La desunión mexicana era alarmante hasta el punto de que Yucatán se presentara como neutral en la contienda de México con los Estados Unidos, al no participar en la guerra y haber hecho peticiones, con anterioridad, a través de su comisionado José Rovira. El jefe provisional del gobierno local nombró además a Justo Sierra, con amplios poderes para renovar lo tratado en favor de su estado y de los Estados Unidos en Washington, durante el mes de julio de 1847.

Éstos y otros fueron los motivos que, aparte de los informes del inglés Thornton perteneciente a la legación, y de la próxima salida de las fuerzas norteamericanas desde Perote, ilusionaron a Trist con sentimientos optimistas sobre el futuro, pues era notorio que Santa Anna no contaba con el congreso y se preparaba a escuchar parlamentarios ante la perspectiva de tener que dar otra batalla militar.

16. *Acercamiento militar a la capital sin resistencia*

En 8 de agosto Scott partió de Puebla con su "invitado" Trist y llegó el 14 a Ayutla. Del 12 al 13 los generales Worth, Pillow y Twiggs lo antecedieron para establecerse en Chalco mientras el general en jefe escoltado por Whitman llegaba a Ayutla. Así, en territorio reducido, se apoyaban los unos a los otros.

El viaje desde Puebla no presentó problemas. El enemigo no ocupó las fortificaciones preparadas con anterioridad. A la vista del Peñón, último punto fuerte antes de llegar a la capital, se detuvo el ejército invasor. Aparte, sólo había re-

ductos menores insertados en un paisaje bordado por canales y lagunas provocadas por la lluvia. Se hicieron inspecciones y se mandaron exploradores. Volvieron con las noticias militares y estratégicas necesarias. Había 12 000 hombres y un cuerpo de caballería que no se opuso a la inspección del capitán Lee, escoltado por dos dragones. El ejército se sentía en forma y decidido a tomar la plaza de México. Scott decidió usar la ruta del sur que, por la poca previsión de los estrategas mexicanos, ofrecía mayores facilidades al ejército invasor.

17. *La disposición a tratar y el armisticio*

En esa situación Pacheco contestó la nota de Buchanan, fechada el 15 de abril anterior, diciendo que las victorias militares no eran siempre acompañadas por la justicia de su causa y que el jefe de la nación mexicana luchó hasta que las circunstancias lo redujeron a replegarse en las puertas de la capital. Santa Anna, con los poderes recibidos del congreso, se alistaba a escuchar las proposiciones de Trist para abrir negociaciones preliminares que pudieran llevar a un tratado en el lapso del próximo año, partiendo de la fecha en que escribía, agosto de 1847. Scott, por su parte, tomó Coyoacán y consideró el momento adecuado para proponer un armisticio que facilitara resolver el problema por medio de Trist. Dio un término de veinticuatro horas para contestar y anunció que ocuparía las posiciones necesarias de la capital para dar alojamiento a su ejército.

La batalla de México, como se llamó a un rosario de operaciones sucesivas, terminó con la toma de Churubusco en la tarde del 20 y, de no ser por el cansancio de las tropas, pudo haberse tomado a continuación la ciudad sin tener que dar una batalla.

Por orden de Santa Anna, Alcorta aceptó el armisticio en el que Ignacio Mora Villamil y Benito Quijano entrarían en conversaciones, con los representantes de Scott, para fijar las condiciones.

La correspondencia entre el gobierno mexicano y Trist se movió por mano del inglés Bankhead quien usó buenas palabras para que Trist admitiera desde un principio la buena fe de los mexicanos, con la intención de evitar el horror de la guerra en la ciudad capital. Pero, además hizo ver cómo el largo plazo propuesto por Santa Anna confundi-

ría las negociaciones. A las once y media de la mañana del día 22 los comisionados de México se ocuparon en redactar los términos del armisticio y Trist se satisfacía pensando que Santa Anna haría lo posible para negociar un tratado que podría favorecerse con una ayuda monetaria (que no sabemos a quién destinaba), porque éste lanzaría entonces toda su influencia para provocar la ratificación inmediata. A los dos días, Trist veía la paz a su alcance, pero temía lo que sucediera con la ratificación en vista de que el congreso se enfrentaba al presidente, y sus miembros no asistían a las asambleas donde Santa Anna había perdido su ascendencia.

18. *La necesidad de un entendimiento con Santa Anna*

Había que evitar los motivos de protesta contra Santa Anna y Scott impuso sus condiciones en el sentido de que, aunque el ejército prefería entrar a la capital por la fuerza, se conformaría con ocupar el castillo de Chapultepec, bajo cuyo fuego se encontraba. De lo contrario exigía que el ejército mexicano lo evacuara. Pidió también el regreso de los ciudadanos norteamericanos expulsados de la capital. Así el tratado se discutiría en mejores condiciones y se contaría con Santa Anna en vista de que, si el congreso se oponía a su ratificación, toda la gestión habría fracasado.

Trist, consciente del propósito primordial de su misión y del significado del armisticio presionaba al gobierno mexicano para que hiciera el nombramiento de sus delegados, pero Gómez Pedraza no lo aceptó y tampoco Garay, lo que anunciaba que se levantaría una secuela de protestas, tanto en contra del armisticio como de la paz. Scott decidió avanzar sobre la ciudad para presionar. Por ello, aunque ese paso repugnara tanto al general como a Trist, debían entenderse con Santa Anna y, si las gestiones fracasaran, quedaría en última instancia la rendición de la ciudad, con todas sus consecuencias.

No hubo lugar a tanto. El convenio de armisticio se firmó el día 23 y veinticuatro horas después se ratificó. En el acto, los comisionados mexicanos solicitaron reunirse a negociar con Trist.

La entrevista se fijó para el 27 de agosto a las cuatro de la tarde en Azcapotzalco. Siguió la segunda reunión en el mismo lugar sin la presencia de Herrera, que padecía un ata-

que de gota. Aunque las impresiones generales de lo que pudiera suceder eran buenas, Trist rechazó los poderes de los mexicanos porque los comisionados aparecían como transmisores de proposiciones al gobierno y prefería que pudieran decidir en las sesiones al igual que él.

19. *La nueva frontera. La proposición norteamericana y la contraproposición mexicana*

Las conferencias de paz se inauguraron el 2 de septiembre y el tema central de discusión para restablecerla fue la línea fronteriza, porque si el resultado de la discusión estuviera de acuerdo con el proyecto presentado por Trist, de inmediato se mandaría a Washington y se pediría la prórroga del armisticio al general Scott.

México se mostró en reserva porque prefería no ceder Nuevo México, a pesar de que los comisionados consultaron al gobierno entonces acosado por sus opositores que lo calificaban de traidor. Semejante proposición podría resultar difícil el enfrentar los sentimientos populares nacionales. Si los Estados Unidos insistieran en la necesidad de ampliar las cesiones territoriales, entonces los comisionados fracasarían y los Estados Unidos tendrían que usar el título de conquista para obtener los territorios. Si ésa fuera la situación, a pesar de la clara inclinación de los comisionados en favor de la paz, el gobierno se vería imposibilitado a ceder mayores territorios y el ultimátum norteamericano exigía ceder el terreno habido entre los ríos Nueces y Bravo.

Las reuniones siguientes motivaron un verdadero forcejeo en derredor al tema de los territorios solicitados y se temió que el éxito de las negociaciones resultaría en relación inversa a la cantidad de kilómetros entregados, a pesar de que la cantidad ofrecida en compensación sobrepasara la suma imaginada por los mexicanos. Los mexicanos también impusieron sus condiciones *sine qua non* en las discusiones sobre la región antes mencionada. Al referirse a Nuevo México, las reservas iniciales se mutaron en verdadera repugnancia porque iban a ceder una población fiel a la nación. En caso muy extremo considerarían trazar la frontera desde el Pacífico por el grado 36 y 30 minutos de la latitud norte hasta Santa Fe y, de ahí, hacia el sur, hasta la latitud que

correspondiera al nacimiento del río Nueces, al que se llegaría tomando la dirección oeste.

De hecho, la frontera de Trist quedaba establecida al demarcar la línea en esa forma y así se propuso al gobierno mexicano para su aprobación. Trist observó que su gobierno notaría la falta de El Paso del Norte y de una parte de Alta California en su territorio, y razonaba que tomar El Paso significaría desmembrar otro estado mexicano porque la ciudad pertenecía a Chihuahua y, en el segundo caso, era necesario un paso entre el continente y la península de Baja California que continuaría en manos de México, pues los comisionados resistían su entrega despreciando la gran diferencia que había en la compensación a pagarse. Trist no admitió condiciones en el tema de la esclavitud, pero ofreció que el ejército no retendría trofeos de guerra y que Scott devolvería la artillería de campaña confiscada y las aduanas, en cuanto se firmara la paz, pues tenía en cuenta las dificultades existentes tanto en la seguridad como en la economía del país.

Para el 3 de diciembre el consejo de gobierno se reunió con los comisionados mexicanos y éstos se esforzaron en defender el restablecimiento de la paz a todo trance. De la reunión resultó un contraproyecto opuesto a la entrega de cualquier territorio a los Estados Unidos excepto el estrictamente texano y motivo de la guerra por su anexión. Su cesión, con la compensación adecuada, debería terminar la causa bélica. Entregar otros territorios resultaría improcedente según el consejo de gobierno y el negarlos no debía tomarse como causa para continuar la guerra porque retener la tierra, extendida entre el Nueces y el Bravo con el compromiso de que México la mantuviera desértica, garantizaría suficientemente la paz de la zona. Nuevo México, en definitiva, no se podía ceder contra los sentimientos de honor y delicadeza de sus habitantes; Baja California era de poca importancia para los Estados Unidos pero resultaba fundamental para la seguridad de la costa mexicana continental, y era de necesidad la existencia de un paso terrestre que se establecería al usar el paralelo 37 norte como frontera. La nación tampoco podría ceder el derecho de paso en Tehuantepec que fue comprometido con anterioridad.

Trist hizo lo posible para demostrar a su gobierno los motivos que había para que México no cediera cuanto se le pidió, y que esa negativa no debía atribuirse a los sentimientos surgidos de la guerra. Había que entender cómo, trazada la

línea del contraproyecto, los territorios no cedidos eran de importancia menor y que los mexicanos no esperaban una insistencia por parte de Trist sobre ellos. Sin embargo, las instrucciones del Departamento de Estado limitaban su poder de negociar más allá del punto en que se encontraba, porque el contraproyecto no se podía conciliar con el proyecto y se veía obligado a interrumpir las negociaciones, a pesar de que todos ansiaran la paz.

Trist dijo a los mexicanos que estaban en el error si pensaban que ceder Texas resolvería el problema y que los otros territorios dependían de la voluntad de venta o de la conquista. Los razonamientos que Trist hizo a los mexicanos significaban que la paz requería de mayores concesiones territoriales, aparte del territorio que estaba anexado a los Estados Unidos y que no admitía discusión. Su frontera debía concordar con la establecida por los propios texanos quienes incluían el terreno existente entre el Nueces y el Bravo y que los Estados Unidos tenían que negociar la forma bilateral con México como resultado de esa anexión. Por ello, el esfuerzo mexicano para reconquistar Texas significaba desde antes una agresión a los Estados Unidos, pues al cruzar el Bravo se mostraba la intención de llegar al Sabina. Semejante movimiento convertía la guerra en un acto deliberado y premeditado y hubo que repeler semejante invasión mexicana. Por ello las fuerzas norteamericanas actuaron al ser ofendidas. Puertos, ciudades y una buena cantidad de territorio mexicano estaba en manos de los Estados Unidos como consecuencia, pero éstos deseaban la paz y por ello ofrecieron un proyecto de tratado al que México respondió con un contraproyecto. En él no se evaluaba que los Estados Unidos también se apoyaban en un título de conquista, aun cuando no albergaban el odio que ésta suponía, y que la ocupación tuvo lugar después de continuados esfuerzos hasta agotar los medios existentes para salvaguardar la paz. Pero los vencedores eran generosos y se disponían a restituir a México las posesiones adquiridas a un alto costo de vidas y de capital.

Retener una parte de sus conquistas, a cambio de una compensación adecuada, como proponían, significaba un mayor favor para México que la entrega de tierras deshabitadas, que en nada contribuían a su economía y que no eran alcanzadas por la autoridad nacional.

El resultado fue presionar al gobierno mexicano con el avance sobre la capital en una serie de operaciones sucesivas para que aceptara las condiciones.

20. *La toma de la capital y el gobierno pacifista de De la Peña y Peña*

El día 6 de septiembre los comisionistas se reunieron de nuevo, con gran retraso de los mexicanos quienes llegaron a la una de la tarde por haber asistido a un gran número de consultas de las que, con mucho esfuerzo, resultó un nuevo documento (que Trist sólo conoció en borrador) y que nunca fue entregado porque esa tarde se reanudó la guerra hasta que la capital se rindió y el gobierno se dispersó, huyendo hacia Querétaro. El 15 de septiembre Santa Anna había renunciado como presidente *ad interim* dejando el poder en manos de la Suprema Corte de Justicia.

Ahí se reconstruyó el gobierno constitucional con el nombramiento de Herrera y de Alcora, acérrimo partidario de la paz, como asociados del presidente. La jefatura del gobierno correspondió a De la Peña y Peña, que pensaba reunir el congreso en Toluca.

La llegada de De la Peña al gobierno sin la participación de santannistas representó una apertura al pacifismo aun cuando la situación general hubiera empeorado por la pérdida de la capital. La salida de Santa Anna, en cambio, representaba una ventaja porque con sus partidarios trastornó las negociaciones.

El congreso se convocó para el día 5 de octubre, después de una labor difícil para lograr el *quorum* y Couto, uno de los anteriores comisionados de paz, se esforzó en formar el partido pacifista. Hubo dificultades mayores con la legislatura de Toluca y De la Peña tuvo que llegar a Querétaro para jurar como presidente interino y nombrar un gabinete pacifista pues, de lo contrario, la anarquía amenazaba a la nación.

El 10. de octubre De la Peña nombró a De la Rosa, ministro de Relaciones, y deseaba que Couto se integrara al gabinete, pero resolvió ser de mayor ventaja que no participara, según comentó el propio Cuevas.

21. *La energía de Buchanan y las acusaciones a Trist*

En los Estados Unidos poco se comprendía la situación mexicana y Buchanan se enfrentaba a Trist por considerar que el contraproyecto era un documento extravagante, destinado

con mala fe a ganar el tiempo, pues los Estados Unidos no se disponían a *ceder* las tierras solicitadas a México. El sólo hecho de su remisión a los Estados Unidos constituía un insulto que valió una catilinaria al comisionado, además de la orden de regresar inmediatamente porque debía saber que su instrucciones fueron moderadas al no conocerse las victorias de su ejército cuando se redactaron. Pero nada cambiaron en el ánimo del gobierno que mantuvo las mismas condiciones. Cualquier proposición mexicana debía enviarse a Washington donde los mexicanos irían a discutir, si sus ofrecimientos estaban de acuerdo con el costo de la guerra en el momento, y con los sucesos militares futuros que tuvieran lugar.

Entre tanto, los diputados se abrumaban en Querétaro por las numerosísimas peticiones de paz que recibían del público y los dos partidos, aparentemente opuestos, se disponían a simular un debate arduo para terminar aprobando la paz con la mayor sinceridad.

Muchos hablaron incluso de incorporarse a los Estados Unidos y en el último extremo, si no se conseguía, apoyarían un gobierno republicano para la nación. También las clases sociales de altura y las jerarquías eclesiásticas se disponían al pacifismo porque de *trasmano* mantenían nexos con el partido pacifista, ayudados por el cónsul británico Mc-Intosh.

El regreso de Paredes al país y sus proyectos de monarquía eran poco valiosos por las características personales del propio general, que no era de fiarse.

También había quienes hablaban de que las fuerzas de ocupación continuaran en la capital para ayudar a establecer un gobierno republicano.

Buchanan siguió sin tener en cuenta la situación mexicana y con absoluta rigidez y desprecio, volvió a ordenar el retiro de Trist a la vez que éste reseñaba los cambios acaecidos en México. Insistió en no estar dispuesto a ceder una parte de Texas a México, además de un pedazo de Alta California, y menos que Scott prolongara el armisticio hasta recibir la contestación de Washington sobre el contraproyecto. Por otra parte, acusaba a Trist por sobrepasar sus instrucciones, por ignorar el ultimátum que le ordenaron presentar y por detener la marcha del ejército a las puertas de la ciudad, para que las fuerzas mexicanas se rehicieran, mientras él continuaba en espera de la contestación.

22. *El tratado se debió a Trist*

Trist, sin duda, operó por su cuenta, y en contra de la opinión de Buchanan, aunque sin descuidar el espíritu y las verdaderas finalidades de sus instrucciones iniciales. Cabe pensar en su posible simpatía hacia la nación mexicana, por lo menos hacia los pacifistas y en su convencimiento de que convenía por todos motivos mantener una relación pacífica y, hasta donde era posible, decorosa entre ambas naciones.

El tratado se hizo precisamente por su manera de proceder y de entender. Se puso en contacto con De la Rosa, que estaba deseoso de negociar y habilitó a sus comisionados tan pronto como eligieron al general Anaya presidente constitucional. Los nombramientos recayeron en los señores Atristáin, Couto, Rincón y Cuevas, quienes de inmediato se pusieron al habla con el norteamericano para alcanzar condiciones honorables y ventajosas en la paz. Tarde llegaron las airadas misivas de Buchanan y Trist anunció en México su orden de retiro. Como dijeron los virreyes de la Nueva España: "obedézcase y no se cumpla", así hizo Trist mientras Justo Sierra abogaba en los Estados Unidos por obtener consideraciones especiales del gobierno norteamericano para Yucatán.

Resultaba imposible frustrar los múltiples esfuerzos agotadores de los pacifistas para llegar al punto en que se encontraban y Trist pensaba en lo que hicieran los opositores si eso ocurría. Contra todas las presiones que padecía, el gobierno se fortaleció con la reunión de los gobernadores que lo apoyaron y los comisionados insistieron en que el norteamericano retrasara la salida. Como excusa, éste, dijo no querer distraer las tropas de Scott para que le acompañaran al puerto y preferir esperar la llegada del tren militar del coronel Johnson, que esperaba alrededor del 4 de diciembre, para que lo escoltara a pesar de que Scott había ofrecido a su servicio una guardia especial.

A los comisionados de paz exigió rapidez para proceder a firmar y ratificar de un sólo golpe el tratado, cuyo término era la única esperanza que había de acuerdo con las circunstancias. Estaba firme en su decisión de regresar con el tratado en la mano y si México aceptaba la frontera de su proyecto, con las modificaciones que él mismo sugirió y entregó, se llevaría la frontera por el río Bravo al paralelo 32 y por ese paralelo llegaría hasta el Océano Pacífico, de-

jando libre acceso a las posesiones norteamericanas por el Golfo de California. En un futuro las condiciones, que se establecieran por los Estados Unidos, serían de mayor dureza y Trist se encontraba ante la oportunidad de firmar en la forma más favorable hacia México.

23. Razones de Trist para presionar el tratado

Su decisión se apoyaba en que su presidente deseaba la paz, en que se perdería la oportunidad del momento para hacerla y en que la ocasión era definitiva porque las condiciones establecidas representaban el límite que México pudiera ceder de su territorio y si la firma no se lograba, a largo plazo habría consecuencias muy serias para su propio país.

Incluso el inglés Thornton le hizo reflexionar, antes de abandonar el país, sobre el verdadero propósito de su misión. Por otra parte, hubo muchos cambios todavía desconocidos en Washington y era correcto considerar que la guerra se hacía para alcanzar la paz con un pueblo débil y sin garantías hacia el que los Estados Unidos debían tener conmiseración, evitando una conquista que a todo trance debía soslayarse. Resultaba imposible ignorar en esas condiciones que los dos partidos políticos mexicanos pedían esa paz, que sólo había oposición por parte de quienes preferían anexarse a los Estados Unidos y que, entre ellos, se encontraban los residentes norteamericanos.

Los pacifistas con un prolongado esfuerzo prepararon el escenario desde tiempo de Santa Anna y quedaron libres para actuar, como lo hicieron después de su caída. Elevando un gobierno constitucional reunieron el congreso constituyente, eligieron presidente *ad interim* que nombró un gabinete pacifista, los apoyaron los gobernadores y, en enero, se reuniría un congreso de igual ideología. Pero todo se derrumbaría si no se hacía el tratado. Entonces, México, su gobierno y los principios federales caerían en la peor anarquía apoyada por los partidarios de la guerra y la responsabilidad sería de los Estados Unidos que no tendrían excusa.

La frontera modificada representaba la entrega de la mitad del territorio nacional, aparte de Texas, y Trist no podía ceñirse a unas instrucciones que contenían graves errores por no prever la posibilidad de un armisticio, que Scott tuvo que declarar bajo su responsabilidad, cuando la paz era el propó-

sito de la guerra que se llevaba a cabo y el armisticio resultaba ser la mayor victoria de Scott, por encima de cualquiera de sus batallas militares, porque todos los cambios favorables de México resultaron de esa decisión.

El contraproyecto de Santa Anna, que se rechazó, representó un intento sorpresivo del mismo en contra de su propio país, pues el general nunca pensó que Trist lo aceptara y lo redactó para protegerse después de haber decidido continuar la guerra, antes de su caída.

El cambio de la situación obligaba escuchar a un gobierno pacifista mexicano y la negociación resultaba aun de mayor alcance para los Estados Unidos si se miraba al futuro.

Trist se decidió así a terminar el tratado cuanto antes, sobre las bases de su proyecto en todos los puntos de vista. Los pasos dados favorecieron la causa de la paz y también a los Estados Unidos y observaba cómo las críticas, que su gobierno hacía en su contra, se debían a no reconocer la falta de precisión que había en sus instrucciones que le dejaban, por omisión, en libertad de proceder al presentarse situaciones imprevistas que hubo de resolver, de acuerdo con su mejor entendimiento.

24. *La confusión, la prisa y la defensa de los pacifistas*

En México, el partido pacifista se sintió sacudido por las declaraciones inconvenientes de Clay cuando estaba a punto de lograr el objetivo para el que fue creado. Sin embargo aseguraba que se ratificaría el tratado de paz en cuanto se reuniera el congreso a principios del mes de enero. Se levantaron graves dudas y rumores y el propio Trist ante la confusión se dispuso a esperar, con paciencia, lo que fuera a ocurrir en esas fechas.

Por otro lado se hablaba de proponer una ley para expulsar a los invasores con un cuerpo de nuevas fuerzas militares, pero también se decía que sólo se trataba de deshabilitar a los generales, que cundieron durante la contienda, para evitar que el país quedara a merced de nuevos pronunciamientos.

En los Estados Unidos se rumoreó que se daría un millón de dólares a Santa Anna por la firma de la paz, de acuerdo con un convenio secreto, y Buchanan sin darse por enterado

de que Santa Anna había huido se preocupaba por ello, porque ensuciaría indeleblemente la imagen de su país.

Cuando llegó el momento de concretar el artículo del tratado referente a la frontera, Trist no pudo entender lo que le instruyeron y ceñirse a las órdenes recibidas. Encontró discrepancias geográficas, errores de distancias, contradicciones en la posición de las ciudades con relación a la línea fronteriza ordenada, datos equivocados con respecto a las desembocaduras de los ríos, y sus investigaciones en los relatos de los geógrafos y en las descripciones de los viajeros no aclararon sus dudas. De todas maneras, esperaba terminarlo todo el día 13 de enero de 1848, de manera que los documentos saldrían a Querétaro donde se alistarían en la semana siguiente.

La frontera quedó de acuerdo con su proyecto excepto por una pequeña variación forzosa que tuvo que hacer en su extremo occidental. Si bien no pudo seguir la frontera por el paralelo 32 a partir del río Bravo, daría explicaciones pertinentes en el futuro.

Su gobierno debía considerar el envío de nuevas instrucciones a Scott porque las que tenía obligaban a continuar la guerra, que sólo podría detener después de la firma del en los Estados Unidos y de esa forma, al firmarse el tratado en los Estados Unidos y de esa forma, al firmarse el tratado en el campo de batalla continuaría derramando sangre si Scott no se detenía bajo su responsabilidad y contra sus órdenes, hasta que se intercambiaran las ratificaciones.

No se tenía en cuenta que por razones políticas relacionadas con el gobierno pacifista, éste había solicitado la detención de hostilidades al ratificarse el tratado en el congreso mexicano, pues de lo contrario se podrían provocar cambios políticos que resultarían en movimientos traicioneros. En vista de esa situación Trist ofreció decir a Scott que la firma del tratado dependía de su orden de suspender las hostilidades en el momento de la firma en México, y que esperaría las nuevas órdenes que le dieran desde Washington.

También explicó la manera de asegurar los pagos por reclamaciones y la forma de definir la suma a pagarse a México.

Esperaba que el tratado convenido sería aceptado y firmado en cuanto regresara de Querétaro con el visto bueno del gobierno y ya se habían tomado las medidas necesarias para elaborar las diez copias de rigor, listas para firmarlas y enviarlas a Veracruz sin tardanza, después de ser firmadas oficialmente.

Comentó que la existencia de la contraproposición mexicana al tratado presentado sirvió como instrumento de trabajo para llegar paulatinamente a las proposiciones iniciales, sin dar lugar a que pareciera en sustancia y en forma. No pudo mantener la frontera en el paralelo 32 porque los estados de Sonora y Chihuahua protestaron y el gobierno federal estaba obligado a respetar la soberanía estatal; por ello no se pudieron eliminar los obstáculos que presentó la frontera en ese paralelo; la indemnización a pagarse por la nueva frontera suponía cinco millones menos que los autorizados en sus instrucciones, debido a la insistencia que en ello hizo en vista de los sucesos habidos desde que se ofrecieron los veinte millones. Pero no supo a tiempo que el gobierno de México solicitaba 30 y en virtud de ello detuvo la copia del artículo 12 hasta que el gobierno aceptara los quince. El tratado incluyó convenios sobre los asentamientos en los que hubo de respetarse el tratado de comercio como sucedió en el problema de las mercancías introducidas a los puertos durante la ocupación.

25. *Todo terminó y vino la paz*

El día 2 de febrero Trist pudo remitir a los Estados Unidos el tratado de paz, amistad, límites y población, a la hora de haber sido firmado en Guadalupe. Iría por mano de James L. Freaner su corresponsal en Nueva Orleans, célebre por su pseudónimo "Mustang" y esperaba que la ratificación por el gobierno mexicano no tendría dificultad a pesar de que había que esperar un par de meses porque no habían terminado las elecciones de representantes al congreso, en las que ganarían los moderados.

Para el 16 de marzo el gobierno de los Estados Unidos nombró a Ambrose Sevier con el fin de que partiera hacia México y pocos días después Buchanan se dirigió a su colega mexicano hablando, a nuestro parecer hipócritamente, de su alegría porque la guerra estuviera a punto de terminar después de dos años de hostilidades.

El tratado fue ratificado en los Estados Unidos el 10 de marzo por una escasa mayoría de votos con cambios que hizo el senado, que para Buchanan eran de poca importancia al no alterar la línea fronteriza.

Se dispuso que las tropas de ocupación no salieran del

país hasta haber tenido lugar el intercambio de las ratificaciones, se dieron garantías a la propiedad y a las creencias religiosas en los territorios transferidos y se dejó al congreso decidir la participación de los nuevos territorios en la Unión. Se suprimió el artículo 12 porque sus estipulaciones estaban incluidas en la Constitución de los Estados Unidos. Se suprimió el compromiso de no vender armas a los indios, por razones de humanidad. Se estableció pagar de contado tres millones y los doce restantes de acuerdo con la segunda forma establecida para el pago. El artículo adicional se suprimió por inútil.

26. *Los nuevos delegados norteamericanos*

Para facilitar esos trámites se hizo el nombramiento de Ambrose Sevier y también se extendió a Nathan Clifford, como enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios que llevaron las enmiendas del senado ratificadas por el presidente para que las intercambiaron con las del gobierno de México.

Debían proceder sin intercambiar cartas, en obvio de tiempo, pero además se comentaba que las entradas económicas mexicanas estaban confiscadas por Scott y que era forzoso para México firmar la paz pues, de lo contrario, su gobierno sería destruido. Quizá los doce millones o una parte de ellos debieron usarse para consolidar ese gobierno que estaba en el poder y para ello los Estados Unidos podían entregar certificados negociables del adeudo.

El tratado según Buchanan era un favor hacia México y, si las enmiendas no fueran aceptadas los mexicanos tendrían que ir a Washington a discutir, pero si las aceptaban el pago de los tres millones de contado sería inmediato y se retirarían las fuerzas de invasión a la línea fronteriza que habían convenido entre ellos.

El 17 de abril los comisionados se pusieron en contacto con De la Rosa y confirmaron que el gobierno mexicano aceptaría las enmiendas después de que los comisionados fueron recibidos por el presidente en Querétaro. Muchas de las situaciones que tenían lugar no se entendían por los norteamericanos, sobre todo que no hubiera terminado la elección de los miembros del congreso y que hubiera vaguedad sobre dónde fueran a reunirse para el intercambio.

Desde Mazatlán, todavía, el comandante naval Thomas Jones pretendía sacar a los mexicanos colaboracionistas a territorio norteamericano en sus naves de guerra, en vista de la situación que se había producido por la existencia del tratado; pero además pretendía que, de ser posible, se hicieran arreglos con el fin de que Baja California fuera absorbida.

Cuando el presidente Herrera fue elegido en el congreso, pronunció su mensaje en favor de la paz y el comité del senado se encargó de estudiar el tratado y dar información el día 15 de mayo de 1848. De inmediato, actuó el congreso pero los comisionados no fueron admitidos en Querétaro, ni para presentar sus credenciales, hasta que la negociación estuvo lista para el canje de las ratificaciones.

Tal como estaba previsto, el tratado y las enmiendas fueron aprobadas por la cámara el día 19 de mayo y cuando los comisionados llegaron a Querétaro todo estaba preparado para el intercambio.

Con el gobierno mexicano en pleno, el 26 de mayo, a las doce del día, los norteamericanos presentaron sus credenciales y en los discursos se insistió en la base inmutable de la armonía y del buen entendimiento. El día 30 del mismo mes tuvo lugar el intercambio.

27. *El retiro de las fuerzas norteamericanas*

De Querétaro los comisionados regresaron a la capital para hacer el pago de los 3 millones y no fue necesario utilizar los documentos de la tesorería certificando la deuda de los otros doce para que fueran negociables.

Todavía, el gobierno mexicano tuvo que pedir al norteamericano que no salieran las fuerzas de la capital hasta que las autoridades nacionales hubieran entrado. Pero el "coronel" Butler, viejo conocido en México estaba al mando de la ciudad. Había hecho los arreglos necesarios para retirar sus fuerzas y no hizo concesión alguna.

Con él debía retirarse Sevier que llevaría los tratados ratificados y los recibos por el dinero entregado. Estos últimos se retrasaron, porque contar el efectivo llevaba tiempo, y decidió dejar el recibo atrás para salir con Butler.

A las seis de la mañana del día 12 de junio fue arriada la bandera de los Estados Unidos en palacio y sustituida

por la nacional, con los honores de rigor para ambas, ante una multitud apiñada y en la mayor tranquilidad.

Todavía el gobierno nacional se encontraba en Mixcoac el 9 de junio y no entraría en la ciudad hasta el día 13 para tomar su puesto.

Pronto sobrevinieron los levantamientos del padre Jarauta en Aguascalientes. Hubo de enfrentarse el gobierno al ejército, la maldición del país, y por ello Francisco Arrangoiz fue a Washington para negociar con los Estados Unidos sobre el envío de fuerzas de seguridad para el gobierno mexicano, lo cual fue denegado.

Cuando los procedimientos burocráticos terminaron, quedó establecido que México había recibido tres millones en la forma siguiente:

De giros entregados por el mayor general Butler recibidos de Washington	900 000 00
Efectivo entregado por el mayor Steward	769 650 00
Por valor de armas vendidas al gobierno mexicano desde la salida de Butler	87 655 90
Por contribuciones recogidas en el D. F. por orden de Scott	48 712 28
Por 12 giros negociables con Hargous	1 151 874 16
Comisión de Hargous	41 107 66
TOTAL	3 000 000 00

Con el nombramiento de Clifford, firmado por Buchanan el día 7 de agosto de 1848, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, las relaciones interrumpidas entre los dos países se normalizaron después de tan lamentable guerra de invasión y se dio comienzo a otro tipo de problemas.